

## La cultura de las bandas juveniles de Medellín

Por Graciela Touzé

**Graciela Touzé.** Licenciada en Servicio Social. Docente de la Carrera de Trabajo Social de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Coordinadora del Programa de Prevención del SIDA del FAT. Integrante del CEITS.

Durante décadas -para los argentinos- Medellín fue la ciudad donde murió Gardel. El mito pervive, pero hoy la bella ciudad colombiana se asocia a otras representaciones: Medellín, la violenta, la que vive en guerra. Violencia inscripta en la cotidianidad, que admite como hecho social y cultural más significativo la formación de bandas juveniles. Bandas asentadas especialmente en zonas populares y en las que la edad promedio de sus integrantes no excede los 16 años. Jóvenes que asumen una profesión: la de sicario **-1-**, oficio de la muerte, con escasas perspectivas de sobrevivencia.

"En 1986 el promedio de edad de las personas fallecidas se encontraba entre 35 y 45 años; en el '87 tenemos de 25 a 35 años; en el '88 de 20 a 25 años y en lo que va corrido de este año, el 70 por ciento de las personas fallecidas violentamente en la ciudad de Medellín están entre el rango de los 14 y los 20 años" **-2-**.

Es habitual reducir el fenómeno de las bandas al narcotráfico. Si bien los carteles de la droga han creado una poderosa fuerza armada que posibilita su funcionamiento y emplea en forma directa a los jóvenes sicarios (los "desechables"), no son los únicos contratistas. Diversos sectores sociales y políticos e incluso ciudadanos comunes recurren a ellos para resolver sus conflictos.

Investigadores colombianos han caracterizado así al sicario:

"Producto probablemente de experiencias violentas, de la imposibilidad de lograr acceso a bienes y servicios en condiciones de legalidad, de ofertas de remuneración que equivalen a años de trabajo, la generalización de la nueva práctica -sicarización- indica no solamente la facilidad con que se institucionaliza, sino la creciente desvalorización de la vida y la conversión de la muerte en fuente regular de ingresos pecuniarios para algunos sectores de la sociedad" **-3-**.

En una ciudad que no ha pasado de ser un conglomerado urbano, las bandas se han constituido en el espacio de socialización de niños y jóvenes. Desde aquí se exige el reconocimiento social. No es la silenciosa "delincuencia profesional" sino el orgullo del protagonismo.

El sentido de pertenencia juega en ellas un papel fundamental para la identificación personal y colectiva y abre nuevas formas de vinculación con la comunidad a la que pertenecen los jóvenes. Ellos guardan la seguridad del barrio y en ocasiones colaboran económicamente.

Pensar el hecho del sicariato como producto sólo de la patología o de la marginalidad nos conduce a la segura creación de estereotipos. Como trabajadores sociales necesitamos una lectura comprensiva de estos fenómenos que no hacen sino formular preguntas esenciales acerca de la coherencia del proyecto social.

Un primer paso en esta comprensión es rescatar la versión de los protagonistas.

**Graciela Tounzé**

El Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y la Corporación Región, ambos de Colombia, han publicado un texto sobre los jóvenes de Medellín que matan, del que reproducimos parte de un capítulo -4-, con la seguridad de que la fuerza y la crudeza del testimonio nos sacudirán, obligándonos a la reflexión sobre las diferencias y los puntos de contacto con nuestra realidad.

### **Somos los reyes del mundo**

Sobre la luna redonda se dibuja la silueta de un gato sin cabeza que cuelga amarrado de las patas. En el piso, en una ponchera, se ha recogido la sangre. Ahora caen sólo gotas de manera intermitente y pausada. Cada gota forma al caer pequeñas olas que se crecen hasta formar un mar tormentoso. Olas que se agitan al ritmo del rock pesado que se escucha a todo volumen. A un lado está la cabeza, que todavía mira con sus ojos verdes y luminosos. Quince personas participan silenciosas del ritual. Al fondo está la ciudad.

En una copa se ha mezclado sangre caliente con vino. Sangre de gato que trepa muros, que salta con facilidad de una plancha a otra, que camina sobre sus almohadillas silenciosas por los filos de los tejados, que se escurre con facilidad entre las sombras de la noche. Sangre felina que impulsa a saltar sobre la presa con destreza y seguridad. Sangre que convoca extrañas energías y acelera el alma.

Al recuerdo de Toño vienen disparadas las imágenes de su ritual de iniciación en una de las bandas juveniles, allá en un barrio alto de la comuna nororiental. En su sueño febril y agonizante vuelve a verse en la plancha. En el mar de luces de la ciudad se dibujan formas caprichosas. Brindan para sellar el pacto colectivo, sobran las palabras porque conocen el compromiso, la ley, los premios y el castigo. En adelante todos responderán por todos, serán como un solo cuerpo. Serán los reyes del mundo.

Ahora Toño se encuentra en el pabellón San Rafael del Hospital San Vicente de Paul. Un pabellón de guerra que se mantiene rebozado de heridos y futuros muertos, víctimas de una guerra desproporcionada, que sin frentes definidos camina día y noche las calles de Medellín. Un martes, hace ya tres meses, le pegaron un chagonazo cuando se iba a subir a un colectivo en el barrio. El tiro de regadera le perforó el vientre, y lo puso a bailar entre la vida y la muerte. A sus veinte años Toño ha frentado muchas veces la muerte, pero nunca la había sentido tan cerca.

Sabe, aunque no lo diga, que éste es su final.

Su cuerpo está menudo, el rostro pálido y los ojos negros perdidos en unas grandes cuencas. Con voz tranquila empieza a contarme su vida mirándose hacia adentro, como haciendo para él mismo un inventario.

Cuando yo estaba pelado me mantenía por ahí jodiendo con un trabuco, hasta que llegaron los finados Lunar y Papucho que me patrocinaron con armas buenas. Entonces empecé a robar y a matar en forma. Uno se pone violento porque hay mucho man que quiere cascarlo y monopolizarlo, porque es pelado. Pero uno no puede ser bobo, tiene que sacar las alas. Yo saqué las alas y a volar; todo el que tocaba conmigo le iba mal.

Eso lo aprendí de mi familia, de mi cucha que es una teza. Ella conmigo va en las buenas y en las malas. Ahí donde usted la ve menudita responde donde sea por mí. A la larga, lo único que me duele para despegar vuelo de esta tierra es dejarla sola. Saber que puede estar abandonada en su vejez. Ella ha sido muy guerrera y no se merece eso.

El Cucho murió hace catorce años. El era un duro, me enseñó muchas cosas, pero como era tan vicioso nos dejó embalados. Entonces me tocó tirarme al rebusque para ayudarle a mi mamá y a mis hermanitos. Por eso me metí a la delincuencia, pero también porque me nacía, yo desde muy pelado he sido maloso.

Lunar, el jefe de la banda, era sardino pero tezo. Ya llevaba su buen tiempo metido en negocios. El vivió un tiempo en Bello y conoció la gente de Los Monjes, con ellos aprendió muchas cosas y cuando se vino a vivir aquí formó su combo independiente. Tenía un lunar en la cara y por eso le pusieron la chapa. Con él y Papucho, que era el otro fuerte, fue que aprendí las cosas en forma.

Yo recuerdo mucho la primera vez que me tocó matar.

Ya había herido personas pero no había visto los ojos de la muerte. Fue en Copacabana, un pueblo cercano a Medellín. Un día por la mañana estábamos robando en una casa-finca y sin saber de dónde se nos apareció el celador. Yo estaba detrás de un muro, a sus espaldas, asomé la cabeza y de puro susto le metí los seis tiros del tambor. El hombre quedó frito de una. Eso fue duro, pa'que le miento, fue muy duro. Estuve quince días que no podía comer porque veía el muerto hasta en la sopa... pero después fue fácil. Uno aprende a matar sin que eso le moleste el sueño. Ahora soy el jefe del combo. A Papucho lo tumbó la gente de arriba, le picaron arrastre y él se tragó el anzuelo. Lo invitaron a cuadrar un cruce y lo encendieron a plomo. Eso lo hizo una amistad que se le torció por plata.

Lunar me nombró de segundo, porque él y yo nos entendíamos casi sin hablar, una parcería tremenda. Al Lunar también lo mataron rápido; es que era muy frentero, no se arrugaba por nada. Era un gozón tremendo, repetía todo el día que estábamos en el tiempo extra. Y gozando se murió: estaba bailando tres cuerdas abajo y le empacaron tres tiros por la espalda. Andaba fresco porque en esos lados no tenía liebres. El pelado que le dio murió más rápido de lo que canta un gallo. Esa misma noche le montamos la cacería, y se fue pa' la otra galaxia.

Con la muerte de Lunar otro loco de la gallada quiso coger el mando. Me tocó encenderme con él y demostrarle quién mandaba. Por ponerse de picao anda cargando tierra con el pecho. Aquí yo doy las órdenes, digo qué se hace y qué no se hace. Primero éramos como cincuenta, pero han matado o han encarcelado a una cantidad y otros se han vuelto tirales.

Quedamos sólo veinte casquetes. Todos son pelados de quince a dieciocho años, yo soy el mayor. Matan y encarcelan muchos pero otros pelados se vinculan, piden pista.

Cuando alguien quiere entrar a trabajar con nosotros, yo pregunto: **¿Ese muchacho**

**quien es? ¿es serio?**, y según los datos analizo si lo meto o no. Son muchachos que ven la realidad, ellos saben que estudiando y trabajando no consiguen nada y que en cambio con uno se levantan los lucas. Ellos se meten por su gusto, no porque uno les diga. Nosotros no le decimos a nadie métase. No todos tienen necesidad, algunos entucan por la familia, pero otros es por mantenerse bien, con lujo.

Para terminar de seleccionar al pelado se le ponen pruebas: llevar una cosa de un lugar a otro, cargar y guardar fierros, y finalmente lo mete a un trabajo. Si el pelado muestra finura ya es pa'dentro. Eso sí, el día que nos llegue a faltoniar, que sea lenguilargo, que se alce con una cosa, ese día se muere. Eso lo sabe todo el mundo, esa es la ley. Entre nosotros también nos apoyamos mucho; ¡ah!, que usted no tiene de esto y yo tengo, entonces le regalo. ¿entiende?, no prestado sino regalado, y si uno está mal, también le dan. Todo a lo bien, pero nadie se puede falsiar. Las armas es de las cosas que uno más cuida, porque no es fácil conseguirlas.

El último pelado que maté fue por eso. - **Toño, desembáleme hermano, présteme un fierro pa'un cruce** -me dijo. - **Le presto este tres ocho, pero me lo trae mañana, no me falle, usted sabe cómo es conmigo.**

Se lo presté porque el pelado era bien con nosotros, pero se perdió. Entonces yo bajé a buscarlo y me salió como un paro todo raro, dijo que se lo había quitado la ley. Le di dos días y como no apareció le dicté la sentencia. El, sabiendo que ya estaba cargando la lápida en el cuello, se puso a andar por ahí, fresco, y lo cacé.

Es que conseguir las armas es difícil. Tiene que tumbar un man para quitársela o comprarla y un arma buena es cara. Casi siempre se las compramos a la policía, ellos también nos surten la munición. Algunas veces hemos comprado granadas a través de un oficial retirado. Hemos tenido T-55, Mini-uzi, de 32 tiros, Ingrand 9 mm., y las más comunes, changones, pistolas y revólveres. Todas las manejamos bien. Nosotros entrenamos por la noche, a las dos, tres de la mañana, en unos bosques de Rionegro. Ponemos frascos en fila y a darles. Yo los quiebro todos.

Es que uno tiene que ir a la fija cuando va hacer un trabajo, si uno va a matar a alguien tiene sólo una oportunidad y no puede fallar. Esos son unos segundos y tiene que ser seguro, si no se muere el muñeco, facilito se muere uno. Hay que saber coger el arma, saber disparar al punto y saberse retirar. Con las películas también aprendemos mucho. Nosotros vemos cintas de pistoleros, Chuck Norris, Cobra Negra, Comando, Stallone, y miramos cómo coger las armas, cómo hacer coberturas, cómo retirarse. Todo eso lo comentamos nosotros cuando vemos las películas. Las motos las aprendemos a manejar por aquí en esta loma. Son motos envenenadas, son muy veloces. La mayoría son robadas y se les consiguen los papeles por veinte mil pesos en el tránsito. Nosotros manejamos desde el terminal hasta el colegio. La gente que no toca con nosotros, no tiene problema, pero los que se las tiran de bravos, o desocupan o se mueren.

A la gente del barrio le ayudamos, vienen y nos dicen, que vea que no tengo comida y nosotros les colaboramos y los mantenemos afinados. Cuando hacemos un cruce bueno también nos manifestamos. Cuidamos el corte para que no se nos dañe. Cuando hay chuchas en el barrio, y mismo les quiebro las patas, les tiro a las rodillas y les digo que no vuelvan.

En el barrio hay muchos niños que quieren meterse a la delincuencia. Yo lo único que les digo es, si eso es lo que quieren hacer, háganlo seriamente, pero no les digo que se metan.

Muchos comienzan jalando cadenas y ahorran para comprar una escopeta, que es lo más barato. Nosotros les regalamos cápsulas y ellos con eso hacen sus atracos.

Yo ya tengo 13 muertos encima, trece a los que yo les he dado, porque cuando voy en gallada no cuento esos muertos como míos. Si me muero ya, me muero con amor. Al fin de cuentas la muerte es el negocio, porque hacemos otros trabajos, pero los principales son matar por encargo.

A nosotros nos busca gente de todas partes: de la cárcel Bellavista, del Poblado, de Itagüí. Personas que no se quieren banderiar y lo contratan a uno pa'cazar culebras. El cliente que nos contrate, yo analizo que sea serio, bien con el pago. Cobramos dependiendo de la persona que sea, si es un duro se pide por lo alto. Es que uno está arriesgando la vida, la libertad y el fierro. Si toca salir de la ciudad a darle a un pesado, cobramos por ahí tres millones. Aquí en la ciudad lo menos es medio millón.

No nos importa a quién hay que darle, el caso es que hay que acostarlo. El que sea, yo no soy devoto de ninguna clase. Pongo a manejar la moto y yo mismo los traqueteo, si toca. A veces uno no sabe a quién le va a dar. Después se entera quién era la pinta, casi siempre por las noticias de la radio. Pero frescos, lo importante es que ya trajimos lo de nosotros.

Cuando voy a dispararle a una persona, lo único que pienso: de malas que se encontré conmigo. Uno ya está enseñado. Si está de espaldas lo llamo, pa'tomarle la foto de frente y cuando está voltiando, le estoy es dando. Yo a lo que voy, voy. No pienso sino en el diablo, no pienso que nos vamos a topar con la ley, que vamos a salir mal, nada de eso, y pido que no me toque matar a una señora o a un niño en un abaleo por ahí. Que si toca matar sea por alguna cosa.

Una vez bajamos hasta un pueblo a tumbar un concejal. Generalmente uno no sabe quién lo contrata, pero en este tiro la cosa fue más o menos directa y nos pillamos que el que lo mandó a quebrar fue un jefe de un partido político. A ese man nos le escurrimos porque uno es el que queda pagando, facilito lo mandan a quebrar a uno también para borrar los testigos. Nosotros cobramos por ese trabajo un millón de pesos. Una semana antes, fuimos hasta el pueblo para conocer bien la movida. Nos marcaron al cliente, miramos la ubicación de la policía y estudiamos la retirada. Al sábado siguiente me fui con una pelada amiga. Ella llevaba el arma en el bolso, una subametralladora. Nos hospedamos en el mejor hotel aparentando que éramos una pareja en luna de miel. Nos dedicamos a recorrer el pueblo con toda calma y a terminar de examinar las cosas para evitar cualquier problema.

El domingo, dos parceros cogieron un carro en Medellín y encaletaron al chofer en una pieza en Guayaquil, mientras se hacía el trabajo. Uno de ellos llevó el carro hasta el pueblo y se cuadró en el sitio a la hora prevista.

Resulta que el concejal tenía la costumbre de tomar tinto en un bar de la esquina cuando salía de las reuniones. La pelada se vino como a las dos de la tarde. Yo me quedé cuadrando el arma y esperando la hora de la acción. Esas esperas me dan un desespero muy tenaz. Uno se pone muy nervioso. En esos casos tengo una costumbre que me ha resultado muy buena: cojo un bala, le saco la munición y le echo la pólvora a un tinto caliente, me lo tomo y eso me tranquiliza.

Faltando diez minutos para las seis salí del hotel y me senté a esperar en el bar. Estaba haciendo una tarde calurosa y había mucha gente a esa hora en la calle. Vi cuando llegó el taxi y se cuadró a unos metros. A los pocos minutos llegó el muñeco. Cumplió religiosamente su

cita. Ya empezaba a llegar la oscuridad que es siempre buena aliada. Miré de nuevo con atención a ver si no había nada extraño y pedí la cuenta.

Cuando el mesero me estaba devolviendo, desenfundé y solté la ráfaga de una. Todo el mundo se tiró al piso. Cuando en un pueblo de éstos pasa una cosa así, todo el mundo queda sano, es que nadie lo espera. Yo me acerqué y disparé un tiro de gracia, porque hay paisanos muy resistentes y toca asegurarse el pago. Eso es cuestión de segundos, cuando estaba traquetiando, ya el carro estaba prendido, caminé tranquilo y me subí.

Salimos del pueblo a una velocidad normal. Aparentamos que cogíamos por la carretera principal pero dimos la vuelta por una variante. Rodamos unos quince minutos y dejamos el carro a la orilla de la carretera. Caminamos una hora a pie, y nos guardamos en una casa, en la finca de un amigo del político que nos contrató. De allá salimos como a las cinco de la mañana en un bus que venía para Medellín. El fierro nos lo mandaron unos días después. Todo eso estaba planeado y nos funcionó. Por la noche armamos tremenda rumba en el barrio. Ya habíamos recibido el billullo y como dice el dicho el muerto al hoyo y el vivo al baile.

Eso fue una nochebuena anticipada. Compramos un chanchito, cajas de cerveza y aguardiente, instalamos el equipo de sonido en la calle y armamos parche hasta la madrugada. Las cosas ahora están muy complicadas porque apareció un grupo, al que llaman Los Capuchos, que anda matando gente por todas partes.

Ellos fueron los que me dispararon. Yo sabía que me querían dar y por eso me había pisado del rancho. Pero me dio el arrebató de subir a saludar a la Cucha y a Claudia. Pensé que la cosa estaba tranquila porque la policía estaba raquetiando mucho en esos días en el barrio. Me puse de sano y subí desarmado. Desde Temprano la Cucha me dijo que las culebras me estaban buscando. Tiré frescura, sabía que ellos no iban a subir hasta la casa. Eso es una cañadita estrecha y uno bien parapetado le da plomo al que sea.

Yo estaba esperando que llegaran unos parceros con fierros pa'encenderlos. Como llegó la noche y no cayeron sentí la cosa trínca. Entonces me trepé por la parte de atrás de la casa y coroné la calle de arriba.

Caminé una cuadra, iba bajando un colectivo y le puse la mano. Cuando me fui a subir vi a un pelado como a dos metros apuntándome con una escopeta. Sentí un calor que me cogió todo el cuerpo y no supe más de mí. Estuve cuatro días en órbita y volví. Lo que me tiene ofendido es que mucha gente del barrio sabía todo el movimiento y no me cantaron. Los Capuchos tenían marcadas todas las salidas. Cada uno tiene su día y ese fue el mío. Lo que me duele es que no me hubieran llevado de una, sin tener tiempo de un suspiro, de sentir un dolor, sin poder decir siquiera me mataron. Hubiera sido mejor que sentir cómo se me deshace el cuerpo y el ánimo. Mirando todo el día esa mueca jodida que es la muerte, haciendo señas sin decidirse a arrimar. Mejor morirse de una, para no sentir el abandono de los que se dicen amistades. Aquí es donde uno se da cuenta de que la gente no está con uno si no en la buena.

Como dice don Olimpo: "**Cuando uno está en condición tiene amigos a granel, pero si el destino cruel hacia un abismo nos tira, verás que todo es mentira y que no hay amigo fiel**". Es que no importa morirse, al fin uno no nació pa'semilla. Pero morirse de una, para no tener que sentir tanta miseria y tanta soledad.

Anoche Toño tuvo su último sueño. Se vio subiendo de nuevo a la plancha de la casa del

filo donde tantas veces ha estado quemando varilla, volando alucinado al compás de las baterías y las guitarras eléctricas, con todos sus parceros.

*"Es tremenda la ciudad por la noche, mucha luz y mucha sombra. Uno es como una lucecita de ésas, perdida en ese mar luminoso. Eso puede ser uno, una luz o tal vez una sombra. A la final somos todo y nada. Se puede ser mucha cosa pero siempre seremos mortales. Mire las luces amarillas, como se van volviendo de todos los colores, suben hasta formar un arco iris de la noche. Después forman una gran cascada de agua blanca que cae y cae a un pozo profundo que nunca se ve. El agua se devuelve y se transforma en una llama gigante, en una hoguera inmensa que todo lo consume. Luego quedan las brasas rojas y las cenizas que se riegan por todas partes. Ahora todo es un desierto, nada crece, nada florece. La ciudad por la noche es una pantalla tenaz, una cadena de imágenes que pasan a la lata. Mire los edificios del centro, píllelos bien. Son monstruos de cabeza puntuda. Se ven sus brazos enormes que se extienden y buscan locamente. Quieren atraparnos. Pero estamos tan altos y tan lejanos como una nube. Estamos en estas alturas donde todo se mueve bajo nuestra mirada, somos inalcanzables, somos los reyes de este mundo".*

## Notas

-1- Asesino a sueldo.

-2- PIEDRAHITA, Carlos Alberto. Informe del secretario de gobierno al Concejo de Medellín. Acta N° 48. 10 de agosto de 1989; citado en: SALAZAR J., Alonso. "No nacimos pa'semilla". Bogotá, CINEP, 1990, pág. 188.

-3- AROCHA, Jaime; CAMACHO, Alvaro y otros. "Colombia: violencia y democracia". Bogotá. Universidad Nacional de Colombia, 1987. pág 22.

-4- SALAZAR J., Alonso; ob. cit. I. pág. 23-33 y 54-57.

## Glosario

Este es un listado de palabras de uso común o frecuente entre los integrantes de las bandas y algunas expresiones corrientes en Colombia.

ACOSTAR: matar.

BANDERIAR: poner en evidencia, señalar. Exhibir, mostrar.

CASCAR: dar bala o golpes.

CASQUETE: el que casca, el que mata.

CANTAR: delatar (Cantó hasta misa: dijo todo lo que sabía).

CHANGON: escopeta recortada.

CORONAR: cumplir exitosamente un trabajo. Lograr un objetivo.

COMBO: grupo, gallada, banda.

CRUCE: negocio.

CUCHA: madre.

CULEBRA: enemigo.

DURO: persona con poder.

ENCENDER: tirar con algo.

ENCALETAR: esconder, guardar.

FALTON: el que no cumple las normas, desleal.

FIERRO: arma.

LIEBRE: enemigo.

LUCAS: billetes de mil.

LA LEY: la policía.

MONOPOLIZAR: imponerse por la fuerza, controlar.

MUÑECO: se le dice al muerto.

PARCHE: sitio o grupo de conversación.

PATROCINAR: apoyar al que quiere iniciarse.

PELADO: niño.

PARCERO: amigo de gallada.

PARO: disculpa.

PICAO: petulante, que se las da de mucho.

PICAR ARASTRE: llevar a alguien engañado a un sitio para hacerle mal. Seducir.

PILLAR: ver, darse cuenta.

QUEBRAR: matar.

RAQUETIAR: requisar. TESO: valiente, fuerte, aventado.

SARDINO: muchacho.

TINTO: café

TRABUCOS: armas de fabricación casera, de un tiro.

TRAQUETERO: especialista en matar.

TRINCA: difícil.

TUMBAR: matar.